



Eduardo Jordá

Francisco Aguilar Piñal
Académico de Honor de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras



EL QUINTO MANDAMIENTO

El autor abunda en la responsabilidad que, a su juicio, tiene la Iglesia vasca en la desaparición de la violencia promovida por el nacionalismo radical. Para ello incide en el quinto mandamiento: No matarás

La responsabilidad de la Iglesia vasca

LOS clarificadores articulados que el profesor Clavero Arévalo publicó en las páginas de este Diario de Sevilla sobre el País Vasco merecen, a mi parecer, un breve análisis complementario del problema, enfocando más que los aspectos políticos o jurídicos, sin duda sustanciales, el práctico de la desaparición definitiva de la violencia. La voz del pueblo a menudo queda silenciada o disminuida porque los comentarios se han de decir en voz baja, de forma medrosa y oculta por la alta dignidad de los destinatarios de la crítica. En esta ocasión me voy a permitir poner por escrito lo que nadie se atreve a proclamar en voz alta: la grave responsabilidad que en la desaparición de la violencia promovida por el nacionalismo radical abertzale tiene, en su conjunto, la jerarquía de la Iglesia vasca.

Creo recordar que en los diez mandamientos necesarios para la salvación se incluye uno que obliga a no matar al prójimo, a no hacerle daño, e incluso a amarle como hermano, por amor de Dios. En las páginas del Evangelio se proclama el amor a los semejantes como la gran doctrina salvadora.

A Cristo no le faltaron enemigos, pero cuando acude a la violencia para desalojar del templo a los mercaderes se sirve sólo de un látilo. Jamás predijo el derramamiento de sangre ni el daño ajeno como camino de redención, ni mucho menos como vía para lograr la independencia política del pueblo hebreo. La única sangre derramada en la vida de Cristo es la propia, entregada con sublime generosidad durante la Semana de Pasión. Hay que decir, muy claro y muy alto, que quienes empuñan la pistola o el cóctel incendiario, no son fieles cristianos.

Ésta es la buena nueva que todo sacerdote, el día de su ordenación, se compromete a predicar a sus semejantes. Es más, esta doctrina de paz y de amor ha de ser su fe apasionada, a la que debe consagrarse todos y cada uno de sus actos, sean sacramentales o no, condonando el pecado y perdonando al pecador, si se arrepiente.



El amor que sienta por sus hermanos no debe hacerle olvidar la principal de sus obligaciones, la defensa del Evangelio, incluso con peligro de su vida. Se puede y se debe ser misericordioso, pero sin transigir con una conducta destructiva, cimentada sobre el odio. Nunca, ni con ningún pretexto, la sangre y la destrucción deben ser el precio a pagar por la autodeterminación política.

En opinión de muchos, entre los que me encuentro, si la Iglesia vasca quisiera, repito, se acabaría gran parte de la violencia etarra. Algo cambiaría si en todas las parroquias las homilías de las misas se dedicaran íntegramente y durante todo el año, a combatir el odio y la violencia. Si se condenaran públicamente en las iglesias los atentados, gritando a los cuatro vientos

que asesinar al prójimo es un acto criminal, incompatible con la bondad evangélica. Si se negara la comunión a los etarras no arrepentidos. Si en el confesionario o en los ejercicios espirituales, un día y otro, se predicara sin descanso la ignominia y el sinsentido de la violencia. Si se negaran los templos y retiros convencionales para reuniones donde se planifica la muerte.

No se me quiera argumentar que todo esto es inútil porque los etarras están muy lejos de obedecer a la Iglesia y de ser sensibles a sus mandamientos. La inmensa mayoría de estos jóvenes, educados en familias cristianas, cumplen con los preceptos de la Iglesia, excepto el del amor al prójimo. ¿Acaso hay que ignorar que el nacionalismo nació en los seminarios y se consolidó tras los muros eclesiásticos? ¿Que los líderes se

recluyen en un santuario a fin de retomar fuerzas para seguir luchando cruelmente por la independencia? Pero sin necesidad de llegar a una acusación de connivencia, ¿dónde están esas declaraciones de repudio a los actos inmorales? No bastan unas pastoraletas de los obispos vascos, edulcoradas y sin condena firme y puntual del asesinato y de la violencia callejera. Ni las homilías genéricas pidiendo la paz, como la del obispo de Bilbao en días pasados, convocando a todos, pero metiendo en el mismo saco a las víctimas y a los verdugos. La obligación cristiana de las víctimas es perdonar, pero la de los verdugos es arrepentirse. Y la de la Iglesia, exigir el arrepentimiento y el cambio de vida.

Se precisan actitudes valientes de la jerarquía eclesiástica, que sepa, siguiendo su deber, enfrentarse a los miles de ciudadanos que respaldan esa violencia, sea por motivos políticos o incluso familiares. Para eso la Iglesia Católica los ha puesto al frente de sus diócesis y parroquias. Y ésa es su responsabilidad inexcusable. Los buenos españoles esperamos una respuesta eclesiástica a tanta locura. Nadie pretende que los sacerdotes vascos repriman sus ideas políticas, nacionalistas o no. Pero sí que se oiga su voz en las iglesias, en las reuniones de acción pastoral, incluso en las calles, poniéndose claramente del lado del orden y de la justicia. Oportuna e inopportunamente, como diría San Pablo. Conmoviendo el corazón de las madres de los jóvenes etarras. Llamando al redil de la conducta cristiana a los descarrilados. Asistiendo a los funerales por las víctimas etarras. Los políticos tendrán su responsabilidad en la solución del conflicto. Pero con toda seguridad agradecerán la mano sagrada que les tiendan los predicadores del Evangelio. La independencia no se debe conseguir a costa de tanta sangre, sobre todo cuando los que la derraman se proclaman católicos y seguidores de una doctrina religiosa de amor y perdón.

Su madre murió en la Gran Vía de Barcelona, durante la Guerra Civil, en un bombardeo de los aviones italianos que combatían al lado de un general que tenía un congreso en vez de corazón. Escribió sus primeros poemas pensando en su madre, en todos los años que le habían arrebatado y en los juguetes que acababa de comprar para sus hijos cuando la bomba la mató. Fue un píldoro que jugaba con dos pistolas y les hacía diabluras a los curas de su colegio. Sus hermanos le llamaban Pepito Temperamento y El Coyote. Podría haber sido un buen futbolista, pero estudió Derecho para complacer a su padre. Al revés de los estraperlistas que se enriquecieron en la postguerra vendiendo harina o azúcar de contrabando, su familia se arruinó y él se consideró un "nuevo pobre".

No amaba España por las razones mezquinas y vulgares por las que los andalucistas o los catalanistas aman su tierra —porque es "la suya"—, sino que amaba España precisamente porque no era suya,

Lean un poema de J. A. Goytisolo en voz alta, arrójenlo al viento, y comprobarán que el mundo es un lugar hermoso del que están desterrados la estupidez, la crueldad y el dolor

ya que el país pertenecía al general que había dado la orden de bombardear Barcelona. Le gustaba la caza, el olor de las jarras polvorintas y el color arcilloso de los campos por donde corretean las liebres. Un jefe tuareg que había conseguido dinero y aire acondicionado a cambio de su libertad le explicó qué cosa era sentirse un rey mendigo. Como toda persona sensible, a veces veía un abismo negro abriéndose bajo sus pies.

Un día leyó el manuscrito de una biografía de su familia, escrita por un escritor que era su amigo, y tal vez pensó que su vida estaba escrita y su obra terminada. Entonces hizo las paces con sus hermanos, les pidió perdón por sus burlas y sus desdenes, y una mañana le dejó una nota a su mujer que decía: "Hay que arreglar la persiana". Luego sintió que el abismo negro se abría bajo sus pies, y unos segundos más tarde su cuerpo apareció tendido sobre la calle por la que tantas veces había paseado con su hija y con su nieto. Ayer y hoy, un grupo de escritores le homenajea en la Fundación de la Caja San Fernando. Esta noche, Paco Ibáñez cantará sus poemas en el Teatro Lope de Vega. Lean un poema de José Agustín Goytisolo en voz alta, arrójenlo al viento, y comprobarán, durante dos minutos que les parecerán dos siglos, que el mundo es un lugar hermoso del que están desterrados la estupidez, la crueldad y el dolor.

ATAJOS PARA UN RODEO

Con la tinta al cuello



Hipólito G.
Navarro

Los martes tenemos ya las manos prácticamente limpias, pero tendrán que verlas al final de la mañana del sábado o del domingo. Las noticias despiñan una barbaridad. Eso sí, parece que no todas despiñan de la misma manera. No es lo mismo el poso que dejan en los dedos las noticias furibundas de la campaña electoral que el ras-

tro de la tinta en colorines de las páginas centrales de los diarios. Mientras el primero se confunde sin rubor con la pringosa aceitosa de los churros del desayuno, el segundo desajusta todavía más unas temblorosas cuatricromías que regalan a los famosos con ojeras dobles de cianes y magentas y sonrisas demediadas con negros y amarillos.

El caso es que los fines de semana en casa se vuelven una pura pelea por ver quién apaña primero ciertos suplementos, quién desayuna con Valenzuela, con Alcántara o

con la reseña de Iwasaki, quién volará el tazón de colacao sobre qué desgraciadas páginas, quién leerá al chico su revista de muñecos... Los periódicos nos la juegan cada fin de semana, ponen a prueba la integridad de la familia, sacan a relucir los más escondidos egoísmos. La solución mejor que hasta la presente se nos ha ocurrido es deshacer los ejemplares como se deshacía una lechuga, un manojo de cada periódico para cada uno. Con lo fácil que sería leer uno completo mientras otro miembro de la familia lee la versión contraria de unos